

IV CONCURSO DE **RELATO BREVE** 2007

CONSEJERA DE CULTURA
Rosa Torres Ruiz

DIRECTOR GENERAL DE MUSEOS
Pablo Suárez Martín

DELEGADA PROVINCIAL DE CULTURA
Mercedes Mudarra Barrero

COORDINACIÓN GENERAL
M^a Dolores Baena Alcántara, Directora del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba

TEXTOS

Primer Premio: Ramón Rodríguez Pérez

Accésit: Rafael Ruiz Muñoz

Mención Especial del Jurado: David Guijosa Aebelard

Finalistas: Manuel J. Ruiz Torres, Cristina Peñalosa Giménez, Rafael Infantes Lubián, Alberto de Frutos Dávalos, Patricia Lucas Alonso, Manuel Trillo Nogales, Cristina Garduño Rodríguez, José Luis Pineda Requena, Ricardo Reques Rodríguez, Miguel Antonio Ruiz Poo

COORDINACIÓN TÉCNICA
Rocío Castillo García
Silvia Muñoz Jiménez

ILUSTRACIONES
Fernando González Viñas

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Zum creativos s.l.

IMPRESIÓN
Dvertigo

PRODUCCIÓN
Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba
Pl. Jerónimo Páez, 7. 14071 - Córdoba
Teléfono: 957 35 55 17/25 - Fax: 957 35 55 34
Web: www.juntadeandalucia.es/cultura/museoarqueologicocordoba
Correo electrónico: museoarqueologicocordoba.ccul@juntadeandalucia.es

EDITA: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

DEPÓSITO LEGAL: CO-884-2008

ISBN: 978-84-8266-802-4

© de la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

© de los textos e ilustraciones: los autores

IV CONCURSO DE **RELATO BREVE** 2007

PRÓLOGO

La difusión de nuestro Patrimonio Histórico es tarea compleja, ya que no se trata sólo de darlo a conocer sin más, sino de vincularlo además a la cultura actual, presentándolo de una manera contemporánea en relación a otras disciplinas. Desde la Consejería de Cultura trabajamos cada día en este fin, con iniciativas como las que aquí nos ocupa en la que unimos legado patrimonial y creación literaria. En este caso, las letras nos sirven como recurso para acercar a la ciudadanía el Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba y sus valiosas colecciones, a través del Concurso de Relatos que llega a su cuarta edición.

Un jurado de excepción, presidido por la Delegada Provincial de la Consejería de Cultura en Córdoba, Mercedes Mudarra, y en el que han figurado los escritores Almudena Grandes y Salvador Gutiérrez Solís, la periodista Ana Romero y el ganador de la pasada edición, Fernando Molero, ha sido el encargado de llevar a cabo la complicada labor de selección de los relatos que componen este libro.

Se trata de trece textos que ofrecen otras tantas visiones de este Museo, bien desde la óptica del espectador o de las propias piezas, ya desde la visión del trabajador a la del niño que participa en las actividades. La imaginación de los creadores nos muestra las posibilidades ilimitadas con las que se puede presentar esta institución, poniendo la creación literaria al servicio de la difusión patrimonial.

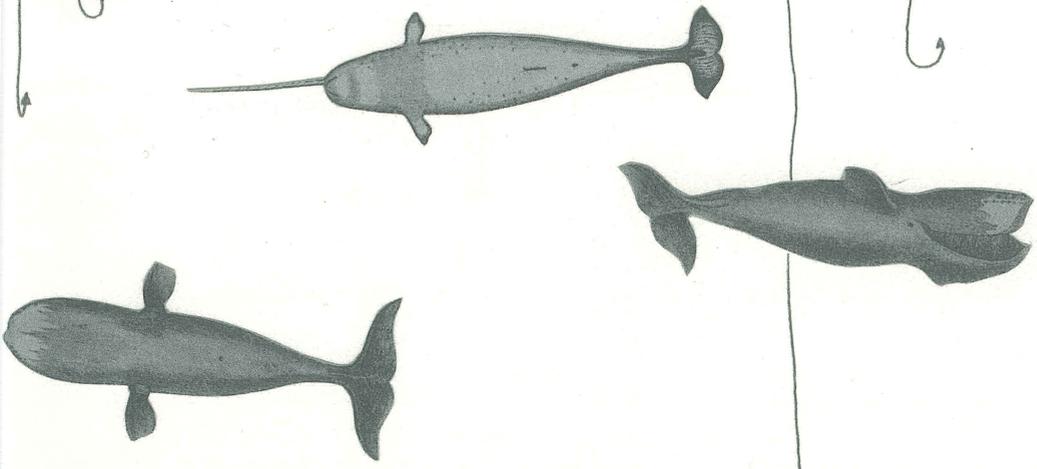
Quiero felicitar a los premiados y a los finalistas e invitar al público a la lectura de estos relatos. A través de ellos podemos conocer el Museo de un modo diferente y descubrirlo a través de la mirada de los escritores participantes que, en este caso, embellecen nuestro patrimonio con el exorno de la palabra escrita para hacerlo más cercano a los ojos de todos nosotros.

Rosa Torres

Consejera de Cultura de la Junta de Andalucía

ÍNDICE

<i>TODO UN CAMPEÓN</i> Ramón Rodríguez Pérez (Primer premio)	9
<i>AFRODITA AGACHADA</i> Rafael Ruiz Muñoz (Accésit)	13
<i>GOLEM</i> David Guijosa Aebelard (Mención especial)	17
<i>AFRODITA AGACHADA</i> Manuel J. Ruiz Torres	21
<i>EL BESO DE LA DIOSA</i> Cristina Peñalosa Giménez	24
<i>EL CASO DEL MUSEO CERRADO</i> Rafael Infantes Lubián	27
<i>EL SACRIFICIO DE MITHRA</i> Alberto de Frutos Dávalos	31
<i>ESTACIÓN DE PASO</i> Patricia Lucas Alonso	34
<i>LA CARTA DE PLATA</i> Manuel Trillo Nogales	37
<i>SIN TÍTULO</i> Cristina Garduño Rodríguez	40
<i>SUCEDE QUE A VECES</i> José Luis Pineda Requena	41
<i>UNA HISTORIA INTEMPORAL</i> Ricardo Reques Rodríguez	45
<i>VISITA GUIADA</i> Miguel Antonio Ruiz Poo	49



GONDIKOVIC



PRIMER PREMIO

TODO UN CAMPEÓN

Ramón Rodríguez Pérez

*Y ahora todo el tiempo así, mirando el techo.
Ahí tenés otra cosa que no sé hacer, mirar p`arriba*

Torito. J. Cortázar

Quién me ha visto y quién me ve... y qué dirá el que me vea aquí plantado, guardando lápidas de romanos, todo uniformado y pinta de lechuguino, corbatita, plaquita y espositas, qué dirá el que se acuerde de mí, Demetrio Téllez, “cernícalo” de las Moreras, treintiseis victorias como amateur, quince de profesional... y una derrota, y es que como dice Camarón: *ná es eterno*, y es lo que yo digo, demasiado rápido subí, campeón provincial primero, regional luego, así hasta llegar a Madrid buscando la gloria, todo a mi favor, todos lo decían, que nunca habían visto un directo de derecha como el mío, que tenía la corona asegurada..., una pena, que mira que entrené cuando entré en la cuadra de Bernardo Márquez, allá en los bajos del Manzanares, que al principio fui hombre de mucho gimnasio, mucha sala y poca calle, y estuve muy bien asesorado por Jorge Mata, quien me enseñó a perfeccionar el directo, demoleedor, una caña, allí todos lo daban por hecho, que acababa con el cinturón mundial, se cundió la milonga esa y acabé creyéndomelo, hasta que llegó la rubia, Desiré, dulce y rubia como la cerveza que dice la copla, venezolana y maciza por más señas, tal como esas de los pósters del interviú, claro, como yo manejaba billetes y todo el mundo decía que prometía pues pensé que aquello sí iba a ser eterno... total, que acabé encoñado y dejando a la Mari, mi novia de toda la vida, la del

Polígono, con su pelazo negro encaracolao, sus bailes flamencos y su hermano en Alcolea, en el módulo de preventivos, buena gente la Mari, pero es que la rubia era la rubia, de otro planeta, y como dice José Monge, ay mi Camarón del alma, un clavo saca otro clavo y un amó quita otro amó, eso sí, que me salía por un pico, no la sacabas de los benjamines de champán franchute y otras frivolidés, pero yo ahí, como un tío, por derecho, presumiendo de hembra, que no veas la que se formó cuando me la traje un fin de semana al barrio con el visón y la minifalda de cuero y ese par de cachas que eran los dos palieres de un Pegaso, aunque siempre estuviera el envidioso de turno diciendo que ese tipo de mujer no me cuadraba, como el cachondo del Jacinto que decía que cuando colgara los guantes que dónde iba a ir con una chorba así, que si me la iba a llevar de perol a los Villares o a pescar lucios a Navallana, con la neverita y los filetes empanados, el hijoputa, que se aprovecha porque lo conozco de chinorris, y quién se iba a esperar que aquel canijo de Guadalajara, el “Ciclón” de la Alcarria ese, me fuera a canear como lo hizo, que me confié y me dio la del pulpo, todos le echaron la culpa a mi querencia con la rubia, que mira que me lo dijeron, céntrate en la pelea, céntrate en la pelea, que reconozco que abusé un poco de la fiesta, de la priva y de lo que no es la priva, lo que pasa cuando uno es joven y le sobra la guita, el maricón fue directo al hígado, me buscó las vueltas el cabrito, me sacó el aire y luego me dio hostias hasta en el carné de identidad, después nada, a ver estrellitas

boca arriba, ese techo del pabellón de un lado para otro, con sus focos y sus chapas y todos sus avíos para arriba y para abajo, y el run-run de la gente, ese murmullo tonto, como de feria que iba y venía, así hasta que ya no me acuerdo de más, y luego quince días encamado en el doce de octubre mirando al techo y otros tantos aquí, en el reina soña, ¿la rubia?, ni te cuento, ya no volví a verla más, se fue a por tabaco, cuando me curé, dos años de paleta con el viejo, haciendo casas en las parcelas por la parte del Higuérón, otros dos de chapista y ahora aquí, de segurata en el museo, al loro de que nadie se lleve una piedra o un tiesto viejo, un poco aburrido a veces, para arriba y para abajo, aunque siempre algo se aprende, la parte que más me gusta es ésta, la de los gladiadores difuntos, así que cuando viene algún grupo con guía pongo la oreja y me entero de cosas curiosas, ese se llamaba Satur por ejemplo, combatió treces veces; ese otro, el Basus, ganó una palma y una corona y el Actio, el mirmilón, fue seis veces victorioso, eso sí, todos en la última pelea acabaron palmatoria con lo cual, bien mirado, yo no me puedo quejar mucho, y otro punto: sus mujeres costearon esas placas en memoria de sus maridos muertos, qué bonito, yo, que al final volví con la Mari, se lo tengo dicho, cuando la diñe me costear una lapidita donde ponga que gané más de treinta veces, que me hace ilusión, tú ya sabes, no te tienes que gastar mucho, un marmolito aparente, sin foto ni nada, una cosa corrientita, mi amor, y luego eso de que no te olvidan requiespacen amén y ya está.

691, 692, 695, 696, 699, 701, 706 a 709, 714, 736, 739, 749 a 764, 766, 785, 787, 788, 791, 792, 811 a 816, 823 a 831, 843, 850 a 854, 860, 861, 879 a 895 a 960, 962, 965, 968, 980, 999, 1000, 1022, 1044 a 1046, 1054, 1064 a 1066, 1071, 1079, 1080, 1083, 1091, 1092, 1094, 1109, 1114 a 1117, 1123, 1124, 1149, 1152 a 1154, 1159, 1161, 1167 a 1169, 1173, 1189, 1191, 1195 a 1197, 1199, 1203, 1211, 1217 a 1219, 1222 a 1228, 1239, 1240, 1242, 1247 a 1253, 1282, 1283, 1292, 1296, 1308, 1370 a 1372, 1385, 1386, 1389, 1391, 1393, 1399, 1410, 1420, 1427, 1429, 1437 a 1441, 1443, 1448 a 1450, 1457 a 1469, 1474 a 1513, 1515, 1516, 1558, 1559, 1563, 1566 a 1570, 1572 a 1574, 1576, 1577, 1581 a 1583, 1588, 1591 a 1597, 1599, 1600, 1604, 1606, 1643 a 1645, 1652, 1668, 1673, 1674 a 1676, 1727, 1729, 1730, 1733, 1734, 1748 a 1752, 1755, 1757 a 1760, 1763 a 1766, 1768, 1774, 1775, 1777, 1779 a 1781, 1784 a 1786, 1804, 1811 a 1814, 1823, 1832, 1834, 1836, 1837, 1839, 1840, 1844, 1846, 1848, 1851, 1853, 1858, 1861, 1904 a 1906, 1910, 1911, 1920, 1925 a 1927, 1932, 2025, 2026, 2028, 2029, 2041, 2192, 2341, 2342, 2897, 3512, 3513, 3611, T. A.)

367

75

13928

5302

6544

7544

6774

90
5308

20389

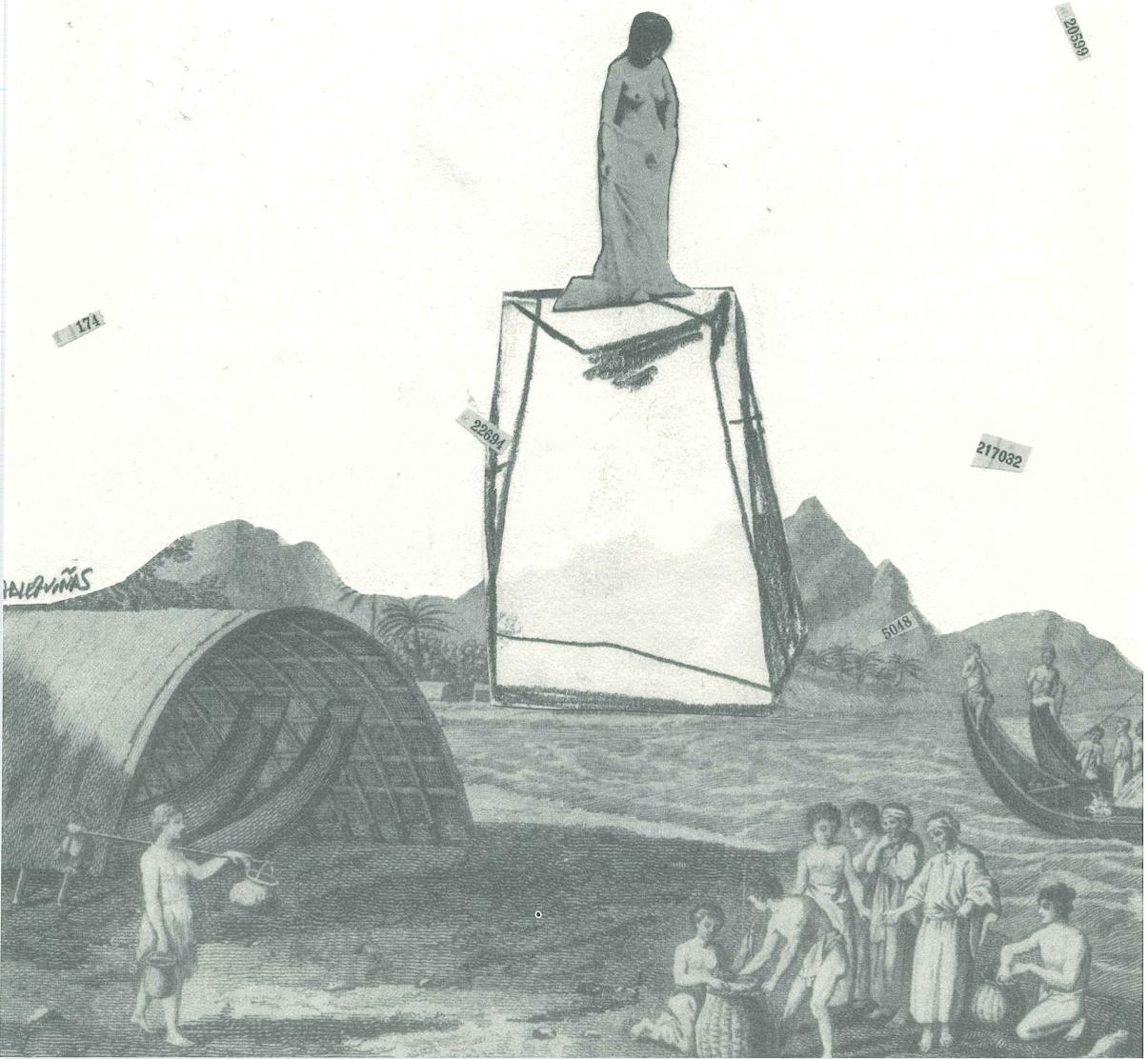
174

22694

217032

ALBIVIAS

5048



*AFRODITA AGACHADA,
ÉPOCA DE LOS ANTONINOS 138-192*

Rafael Ruiz Muñoz

Era su rostro. Ya lo sabía, lo malo era que no lo recordaba. Porque vamos a ver, saber, sabía, el problema era recordar. Sabía que trabajaba como vigilante, la dificultad radicaba en recordar dónde demonios vigilaba, y qué diantres vigilaba. La señorita que lo acompañaba junto al resto de viejos pesados se lo repetía continuamente, llegando a exasperarlo, pero lo cierto era que impacientarse no le llevaba a ninguna parte, eso lo sabía, pero saber no era el problema. Y menos aún lo llevaría al sitio donde tantos años había vigilado algo. La señorita, menos mal que ahora estaba por allí... lejos, porque cuando estaba cerca le era imposible recordar nada por su maldita insistencia. Tenía gracia, ni un pie en toda su vida en un museo y ahora ahí, rodeado de cosas más viejas que los celtas. Los celtas, ni que fuera tonto. Tanto celta, tanto celta, los celtas eran famosos por la nicotina. Y punto. ¿Los celtas qué vigilaban? Siempre recordaba que un celta era un celta porque lo ponía bien clarito en el paquete. Celta, así no había duda. Se veía que los del museo sabían eso. Por ello ponían los cartelitos, porque, saber, sabrían lo que era cada cosa, pero recordarlo, ¡ah, amigo! Recordarlo era otra historia. En un museo no vigilaba él nada, lo sabría. Igual que sabía que era su rostro el que faltaba. Le estaba costando la misma vida entender el cartelito. De todas formas sabía muy bien lo que tenía que poner. Leía, Rita no

se qué. Es cierto que había cientos de cosas que ya no le eran fáciles recordar. Por ejemplo no recordaba qué demonios hacía allí un pato. Hombre, una gallina sí. ¿Pero un pato sin cabeza? De lo que no cabía duda era que precisamente eran los dedos de sus pies. Hay cosas que uno podía olvidar, pero los dedos de los pies de Rita, nunca. Aquél era el último recuerdo que uno podía extraviar, para entonces mejor estar muerto. Uno no olvida esos descubrimientos de la noche de bodas. Y, ya puestos, a partir de esos dedos podía subir por las pantorrillas que estaban allí, las rodillas que eran las suyas, los muslos que habían sido también los suyos, y las adorables ondulaciones de su vientre, jugando con el ombligo como las olas con esos barcos que van a pescar atunes, las cuales jamás olvidaría que habían sido de él. Que le digan a él quién es el fulano que olvida esas cosas. Rita no se qué, época de los Antonios. ¿Antonios? Vamos a ver, una cosa es que esté ahí desnuda, porque como está de rodillas pues no se le ve el tema. Tampoco se va a escandalizar uno a estas alturas del partido de ver unos pechos, y menos los de Rita en su mejor época. Esplendorosa. Lozana. ¿Pero qué pintaban los Antonios en el cartelito? ¡Cómo corría el tiempo! El condenado tiempo, se podía medir en los pechos como en un reloj de sol. Respira profundamente, como en el médico. Tose por los malditos celtas, así no los olvida. Son

sus hombros, son sus cabellos recogidos como cuando iban a la piscina y ella se ponía el bañador, pero se dejaba encima casi todo el rato la toalla que compraron cuando fueron a Ceuta. O a Melilla, pero en barco, seguro. Eso debió ser en la época de los Antonios, porque estaba igual. Anda que si llega a ir así a la piscina. Entonces sí que arde Troya. Troya y más de uno. Y de una, que la envidia es muy mala. Vaya pena más grande que se rompiera justamente la cara. La cara era lo más bonito de Rita, eso lo sabía, pero el condenado problema era recordarla. Porque sabía que era una cara como la de una diosa, como de la diosa más bonita que pudiera existir, y no decía Virgen por si era pecado, y por si era Semana Santa. Vaya por Dios. Suspira para no ser impaciente. Ella era muy guapa, la más guapa, y él era vigilante. Hasta ahí no había posibilidad de equivocarse. Se acerca peligrosamente a la estatua, pero como buen vigilante sabe que no hay que tocar. No hace falta. Un esfuerzo visual y por fin el premio. A Rita agachada, época de los Antonios, y las medidas por si no las recordaba. ¿Agachada? Qué graciosos los del museo. Hora de irse, ya no hace falta recordar el rostro, al fin y al cabo lo sabe. Sabe cómo era y es lo que importa. Y está contento cuando llega la señorita. Es hora del salmorejo y del flamenquín. ¿Quién podría olvidar eso? Él no.



MENCIÓN ESPECIAL

GOLEM

David Guijosa Aebelard

Justo antes de entrar terminé el cigarrillo y aplasté la colilla distraído. No fui al museo por una razón especial, hace mucho tiempo que no hago las cosas por una razón especial; sólo fui a ver, yo no comparto la idea que tiene la gente de que a los lugares se va por un motivo en particular. Cuando estuve en Córdoba, un día, un camarero, que distinguió sin duda mi pinta de turista, me dijo que visitara el museo arqueológico; me explicó algo sobre su historia, me vendió dos de tapas, la caña de rigor y media ración de propaganda. Anotaba la comanda y parlotaba: que si había estado unido al museo de las artes, no, no, de bellas artes... *o algo así, vamos...* bla bla bla y cantidad de cosas que no me interesaban en absoluto. En conjunto no recuerdo muy bien lo que me contó, sólo una vaguedad sobre etnoarqueología... Lo que sé es que una mañana me levanté queriendo dar un paseo y al final acabé fumándome un pitillo frente al museo. La verdad es que entré por entrar y al final estuve allí varias horas vagando de una sala a otra viendo desfilar pedazos de historia uno tras otro. Sin darme cuenta me llené los ojos de colores y piedras talladas, de objetos antiguos que seguían obstinadamente haciendo presente para los visitantes. Me sorprendí pensando la historia en fragmentos, asimilando el paso del tiempo metido en vitrinas —particularmente, lo que más me asombra son las piezas labradas en piedra y los restos

arquitectónicos—. Recuerdo también la Portada del Alcaide, me mantuvo absorto un buen rato saliendo y entrando de sus detalles. En realidad no sé muy bien. La verdad es que en esa época no estaba demasiado lúcido, por eso es tan destacable lo ocurrido. Ya le digo que solía sufrir de vez en cuando aquellas lagunas —abismos, como yo las llamo—, desbordado por la sensación de observar y no tener control sobre mis sensaciones; de episodios así no guardo una memoria nítida por el natural colapso que me provoca a nivel psíquico. Sin embargo, y por eso estamos aquí, el hecho fundamental fue la diferencia de mi encuentro con el León de Nueva Carteya. Sin fallo, atrapado en el músculo de la roca, capturado en su estatismo. La figura acechante, luego rondándome. Peleé con su postura quieta, bucéé en su interior: en su aspecto simbólico, su uso en los sepulcros, la cuestión exótica, la traza extraña de su naturaleza; el temor; todo. Del tiempo que pasé con el León tengo un claro recuerdo, nada pudo diluir ni por un instante el granito de nuestros arcanos. Fueron horas. Busqué incesante, la mente funcionaba sin descanso; me movía por la estancia dándole vueltas a frases, a fragmentos de textos leídos. Buscando penetrar, intentando recordar lo que necesitaba, casi pidiéndole ayuda. Así estuve caminando de un lado para otro, y de repente, ¡pam! di con las palabras. Entonces saqué el rotulador permanente y escribí. Ya sabe lo que escribí. “Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo” era de Juan Ramón Jiménez, me pareció lo adecuado... *Y eso es todo lo que pasó. Y si quiere que*

le diga la verdad, no me arrepiento. Ya sé que tengo que pagar la multa o lo que sea. La cárcel no me importa. Yo hago lo que hago y soy lo que soy, mi trabajo es darle vida a las piedras. Es una condición, una condición sine quatum, impuesta por la sangre. Yo no las persigo, me llaman con su lamento. Todo responde al libre fluir de las cosas, los encuentros se van sucediendo. Yo no pretendía llegar hasta el León de Nueva Carteya, todo fue... casi como un destino. Luego saqué mi rotulador permanente y escribí lo que correspondía para generar el movimiento. Sólo eso, simplemente extirpar el silencio, el maleficio de las piedras; darles palabras para que hablen, insuflarles palabras para que existan. Escribo sobre el silencio. ¿Comprende...? Ya veo que no comprende. Está bien, no importa. Le he aburrido. De todas maneras, no pretendo que lo entienda...

...; Sánchez, lléveselo a la celda!... El inspector se quedó sentado mirando la silla vacía, pensando en lo que acababa de oír. Se levantó y se puso del otro lado, en el lugar del detenido, y pudo confirmar su sospecha. En uno de los bordes de la mesa habían escritas varias palabras con rotulador permanente. Leyó con calma y sonrió. Salió de la sala de interrogatorios, buscó al de la limpieza y mandó que lo quitaran, no fuera que ahora las mesas salieran caminando y fueran a reunirse con el gatito del museo, quién sabe. Son muchos años de comisaría como para sorprenderse por algo. Ya había entrado el chico con los productos y la bayeta.

AFRODITA AGACHADA

Manuel J. Ruiz Torres

Cada uno se delata como quiere. Yo escogí pintar esa Afrodita del museo porque alguna vez fui pintor y porque fue esa estatua la que terminó trayéndome la desgracia. Entiéndame usted que le cuento esto en confianza. En todo caso, fue una desgracia que apaciguó la otra de adentro, la del fracaso. Por dejar de pintar y por perder el respeto de mi mujer, ya habrá visto por las fotos que las dos se parecen. Aunque las cosas no sucedieron así, inmediatamente. Ni una cosa ni la otra. Lo de dejar de pintar puedo explicárselo, lo otro no. Cualquiera cree que si uno es bueno en algo está obligado a dedicarse sólo a ello, en cuerpo y alma, como si la vida no estuviera llena de distracciones. Yo era bueno pintando. Todavía lo debo ser, porque si no yo no estaría aquí, aún estarían ustedes dándole vueltas al caso. No basta con ser bueno. Hay que tener suerte. Tenerla muchas veces seguidas, quiero decir. Y aunque mi vida fuera por otro lado yo no dejaba de recordarme pintando, convertido en un hombre con suerte, que era una fantasía donde todavía podía gustarme. Anterior a mis cambios de trabajo, a las mudanzas, al malhumor, a las renunciaciones que no lo parecen. No le hablo de un año, ni de doce. Es muy fácil entenderse la vida de cada uno cuando te la pasas a esa velocidad de cámara rápida con la que los documentales resumen el cambio de estaciones, las plantas que nacen y se marchitan casi en el mismo impulso.

No me haga mucho caso. Tampoco creo que fuera un asunto de suerte. Con mi mujer no. Yo la sabía tan aburrida como pudiera estarlo yo mismo. De modo que no le daba más importancia. La quería, claro que sí, no sé cómo puede preguntármelo. Así, sin sobresaltos. La Afrodita del museo la he visto siempre solo, a ella no la llevé nunca. No se extrañe si le digo que quería intimidad. Supongo que sería eso, disponer de tiempo sólo para mí, mantenerlo como un asunto privado. Pero no me pida que se lo explique. No me interesaron antes las diosas de piedra más allá del objeto hermoso que son, aunque tampoco conozco muchas fijadas así, en cuclillas, como espiadas en una familiaridad confiada. No le dediqué más atención esa primera vez, pero dormí mal, con una excitación espesa donde el cuerpo de mi mujer se agachaba bajo la ducha para reproducir la postura de la estatua, de pronto dotada de un alma que se parecía a la que yo mismo había extraviado muchos años antes. Volví otra vez para encontrarle una semejanza que se me había escapado antes. Los pliegues del vientre anunciaban no esa planicie de los cuerpos aún por crecer, débiles por inanición, inmaduros, sino una cálida barriga escogida para complacer apetitos y no para prohibirlos. Recordé esa misma blandura acogedora en mi mujer, el entusiasmo, las exploraciones. Pero, entiéndame, no me puse melancólico, no tenía por qué extrañarla todavía; ni aquella contemplación duró más de unos pocos minutos, al menos esa visita. El vigilante, que

aún no me conocía, podrá contarle que nunca toqué la estatua. Ya sé que no me acusa de eso. Claro que volví muchas más veces pero yo no lo llamaría una obsesión, no era una idea fija. Eso me hubiese ayudado, fijarme a algo. Al contrario. La imagen de Afrodita se me iba y venía, no siempre a mi voluntad, no siempre disponible. Mi mujer tampoco. Le he dicho que me perdió el respeto. De eso te das cuenta por detalles. Ya no te espera si llegas tarde, deja de preguntarte, deja de llamar si es ella la que se retrasa, está contenta sin motivo. También Afrodita tiene las piernas marcadas, se habrá fijado. Cualquiera le dirá que esa aspereza en los muslos reclinados la ha producido la erosión de la tierra que ha cubierto durante siglos la estatua, pero eso es presuponer que no estaban ya en la modelo los rayados, las abolladuras, las señales fragosas de los accidentes con los que a veces terminan las discusiones. Cómo me arrepiento de no habérmelo tomado con más calma. Yo no empecé a pintar la estatua hasta que ella no se fue de mi vida. Un retrato tal como usted la ve, ahí expuesta, sólo que necesité pintarle el rostro de mi mujer a la cara borrada de Afrodita, no por remordimiento, como me dijo, sino para recuperarla. ¿No remira usted nunca las viejas fotografías de cuando todo le quedaba aún por hacer? Ya me culpo yo bastante de perderla, pero no me haga reconocer que es ella el cuerpo de esa mujer que han encontrado enterrada, sin brazos y con el rostro desfigurado a golpes.

FINALISTA

EL BESO DE LA DIOSA

Cristina Peñalosa Giménez

Rafita sabía que, cuando llegase a casa contando que le había besado la diosa Diana en el Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba, nadie se lo iba a creer. Es cierto que, en otras ocasiones, había visto a algunos habitantes del Olimpo —normalmente se escondían detrás de los cortinajes amarillos del cuarto de estar— y hasta había conversado y jugado con ellos; pero es que, en esta oportunidad, Diana Cazadora le había cogido en brazos y le había dado un beso mientras le apretaba contra su pecho.

Aquella misma mañana, Pasión, con el ánimo lleno de dudas, se encontraba, rígida como un maniquí, al pie del altar, con su ramo de azahar, su velo de novia y junto al hombre al que iba a jurar amor y fidelidad hasta la muerte. Los bancos de la iglesia rebosaban de invitados que se la imaginaban sonriente. Si hubieran podido verla de frente, les hubiera extrañado su expresión hierática, ese rostro que no dejaba traslucir ninguna emoción. Pasión, que nunca ha querido casarse, ha llegado al día de su boda casi sin darse cuenta.

Un par de calles más abajo, Rafita, que según asegura su madre, es un trasto fuera de control, va con sus compañeros de párvulos y una maestra que sobrevive a las jugarretas de los alumnos porque tiene una voz que silba como un látigo, a visitar el Museo Arqueológico y

Etnológico. Es la primera vez que cruza una calle sin su madre y está encantado, se siente mayor, independiente... Hace tiempo que sabe que lo es, pero ni su madre ni su padre se quieren enterar y no le sueltan ni un momento. Córdoba está preciosa en primavera. Rafita aún no ha dado con la palabra justa para describir sus emociones pero se siente como un califa.

En la iglesia, el oficiante le repite a Pasión la pregunta que marca el punto culminante de la ceremonia. Quizá porque, inconscientemente, la tiene ya muy pensada, Pasión no duda y, por primera vez en su vida, se atreve a imponer su voluntad: “Ni de coña. No me caso ni de coña”. Sin saber cómo, se ve corriendo por la nave central del templo en busca de la salida. Ni se da cuenta de que el velo se le ha quedado enganchado en el primer banco, el ramo de azahar no recuerda si se le ha caído o lo ha tirado, la falda se le ha desgarrado y, ahora, sólo es un pingajo por encima de sus rodillas y la larga capa, que partía de sus hombros y se prolongaba en una cola de siete metros, se ha hecho jirones y parece la clámide de un jinete de vuelta de las guerras Púnicas. Pasión corre por las calles cordobesas deseando desaparecer. ¿Cómo enfrentarse a su familia, a los invitados, a su novio de toda la vida?

¿Qué decir? Necesita tiempo. De repente, ve frente a sí la espléndida portada renacentista de un palacio que ha visitado muchas veces: es el Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba, es el lugar preciso. Seguro que a nadie se le ocurre buscarla en sus salas.

Hace cinco minutos que Rafita ha entrado en el museo. Va saltando a la pata coja y riendo de felicidad. Aún no se lo ha dicho a nadie porque lo ha decidido esa misma mañana pero, cuando sea mayor, se dedicará a la arqueología. Su madre le esperará con el puré de verduras en una de las jaimas del campamento pues, aunque es un poco gruñona y Rafita lo sabe mejor que nadie, también es la mujer más bella del mundo y piensa casarse con ella. Lo contenta que se va a

poner mamá cuando le vea llegar de las excavaciones con una estatua de mármol de la diosa Hera o de Afrodita o de Palas Atenea... Rafita conoce muy bien las mitologías del Mediterráneo porque, a la hora de comer, su madre le distrae con los cuentos del Olimpo para que no se entere de que le mete la cuchara en la boca.

Por fortuna, a esta hora hay pocos visitantes. Pasión ha atravesado el patio y se ha dirigido a las salas de cultura romana. Le gusta la estatua de *Afrodita agachada* pero, en este momento, no está como para admirar obras de arte. Rafita, escondido detrás de una columna, se despista de sus compañeros y de la “seño”. Oye a los chavales que suben en tropel a las salas musulmanas. Ahora podrá jugar tranquilo a gobernador de la Bética. De súbito, descubre a la diosa y se queda embobado mirándola.

—No tengas miedo, pequeño. No soy un fantasma.

—Lo sé —le responde Rafita que ha notado el respingo de la diosa que, sin duda, se ha asustado más que él, al verle entrar—. Eres la diosa Juno ¿a que sí? Te he reconocido por las tres diademas con las que te sujetas los rizos y por esa capita que llevas, que dice mamá que es una clámide.

—Si fuese una diosa, sería Diana Cazadora porque no voy a casarme nunca. Escucha, creo que te están llamando ¿Eres Rafita?

—Sí, sí, es la “seño” pero, oye, mi mamá y yo vamos a iniciar unas excavaciones arqueológicas. Si quieres, puedes venir con nosotros. A lo mejor nos tropezamos con algún pariente tuyo y, además, necesitaremos gente que limpie los cacharros que encontremos.

—Lo pensaré —respondió Pasión mientras alzaba a Rafita en sus brazos y le daba un beso—. Te prometo que lo pensaré. Hoy, me gustaría desaparecer, irme muy lejos.

EL CASO DEL MUSEO CERRADO

Rafael Infantes Lubián

*De cuando en cuando ocurría que las palabras de los
muertos coincidían con lo que estaban pensando los vivos*

Julio Cortázar

Describiré a Arbuniel, si tal ejercicio resulta en algún extremo útil, como un tipo de mediana estatura que se encuentra en esa franja de edad propicia a la indiferencia burocrática; su mirada, gastada por los libros y las viejas películas en blanco y negro, se refugia tras unas gafas de montura gruesa y, en fin, tiene ese aire resuelto e indiferente del que ve pasar la vida como si alguien se hubiera empeñado en amontonarlo todo por igual y despacharlo en un tren de mercancías. A su lado, Carchelejo es un tipo sensato, consistente, marrullero y repeinado; es razonablemente feliz, al menos lo es en condiciones normales de presión, temperatura y humedad, y sobre todo si como en esta ocasión, acaba de zamparse una tostada de manteca colorá, de lo que da testimonio el lamparón en la solapa de su chaqueta. Añadiré, como dato relevante para nuestro informe, que ambos son agentes de la brigada criminal y que ahora se encuentran a las puertas del Arqueológico adonde han acudido acuciados por la llamada de la directora que, hecha un manojito de nervios, los recibe en la puerta. Nada más entrar, conduce a los dos agentes hasta el patio central donde yace desangrado a chorros el cadáver de la víctima. Ante la escena, Carchelejo deja escapar una sonora y obscena exclamación. Por ello, y tras un instante de azoramiento, la directora decide ir al grano y prescindir de cualquier forma de protocolo al uso.

—Lo que resulta inexplicable es que el museo estaba completamente cerrado en el

momento del suceso y, por supuesto, nadie puede haber entrado ni salido durante la noche sin ser detectado por la alarma. Cuando el guarda se retiró a eso de las doce todo parecía normal y esta mañana, nada más abrir se tropezó con el cuerpo tal y como ahora lo ven.

—Un evidente caso de ‘habitación cerrada’, aunque sería más preciso decir de ‘museo cerrado’ —sentencia Arbuniel al tiempo que lanza una mirada inquisitiva al rostro perplejo de Carchelejo—.

—Para mí es simple, y lamento tener que acusar a un buen hombre, pero está claro que el único que ha podido cometer el crimen es el propio vigilante. Probablemente sorprendió al intruso intentando robar alguna de las piezas. El ladrón lo amenazó con un cuchillo, se produjo un forcejeo lo que provocó, como resultado evidente, la muerte del asaltante... —Carchelejo hace una pausa y encoge la cara como si un súbito estreñimiento hubiera contenido su verborrea— claro está, que eso no explica que el cuerpo esté desnudo, ni tampoco los mordiscos en el vientre o que le hayan desgarrado los testículos. ¿Tú que opinas, Arbuniel?

Arbuniel, que indaga la escena con la mirada de una lechuza y la pose de un mariscal de campo, hace una pausa teatral antes de hablar. Siempre la hace cuando de un caso criminal se trata.

—En cierta ocasión escuché que cuando Vladimir Nabokov impartía clases de literatura, como ejercicio de inicio de curso, pedía a sus alumnos que describieran el contenido del bolso de Ana Karerina en el momento en que ésta se arroja al tren. ¿Qué te dice eso, Carchelejo?

—Pues no sé —se encoge de hombros—, la verdad es que no seguí el caso de esa tal Karenina, ¿acaso lo llevó nuestro departamento?

—Lo que Nabokov pretendía era llamar la atención sobre la importancia de los detalles. Y precisamente, amigo Carchelejo, estaría de acuerdo con tu versión si no fuera porque hay al menos tres detalles que la desmienten: el primero es la precisión del degüello, que apunta más a un ritual que a un forcejeo; en segundo lugar encontramos la existencia de al menos cuatro tipos de huellas diferentes —humana, canina, artrópoda y reptil—; y por último y no menos importante, el hecho evidente, en el que tal vez no hayas reparado, de que la víctima sea un toro.

—¿Pero entonces? —masculla vacilante Carchelejo—.

—Pero entonces bastará añadir que este cuerpo, lejos de haber exhalado su último aliento, yace en este atrio dispuesto a sacrificarse en un ciclo eterno de vida y muerte, lo que resulta más propio de un culto misterico que de una teleserie barata. A usted, señora directora, le recomiendo que cierre por hoy el museo, no es bueno que los curiosos anden embarullándolo todo. Estoy convencido de que mañana las cosas habrán vuelto a la normalidad.

—¿Está usted seguro?

—No insista, señora directora —apuntilla Carchelejo—, no sé como se las apaña pero siempre acierta. ¡Menudo es este tío! Un poco raro, eso sí, pero no vea cómo le encantan estas piedras.

Ahora, los dos agentes se encaminan hacia la puerta ante la mirada aún atónita de la directora.

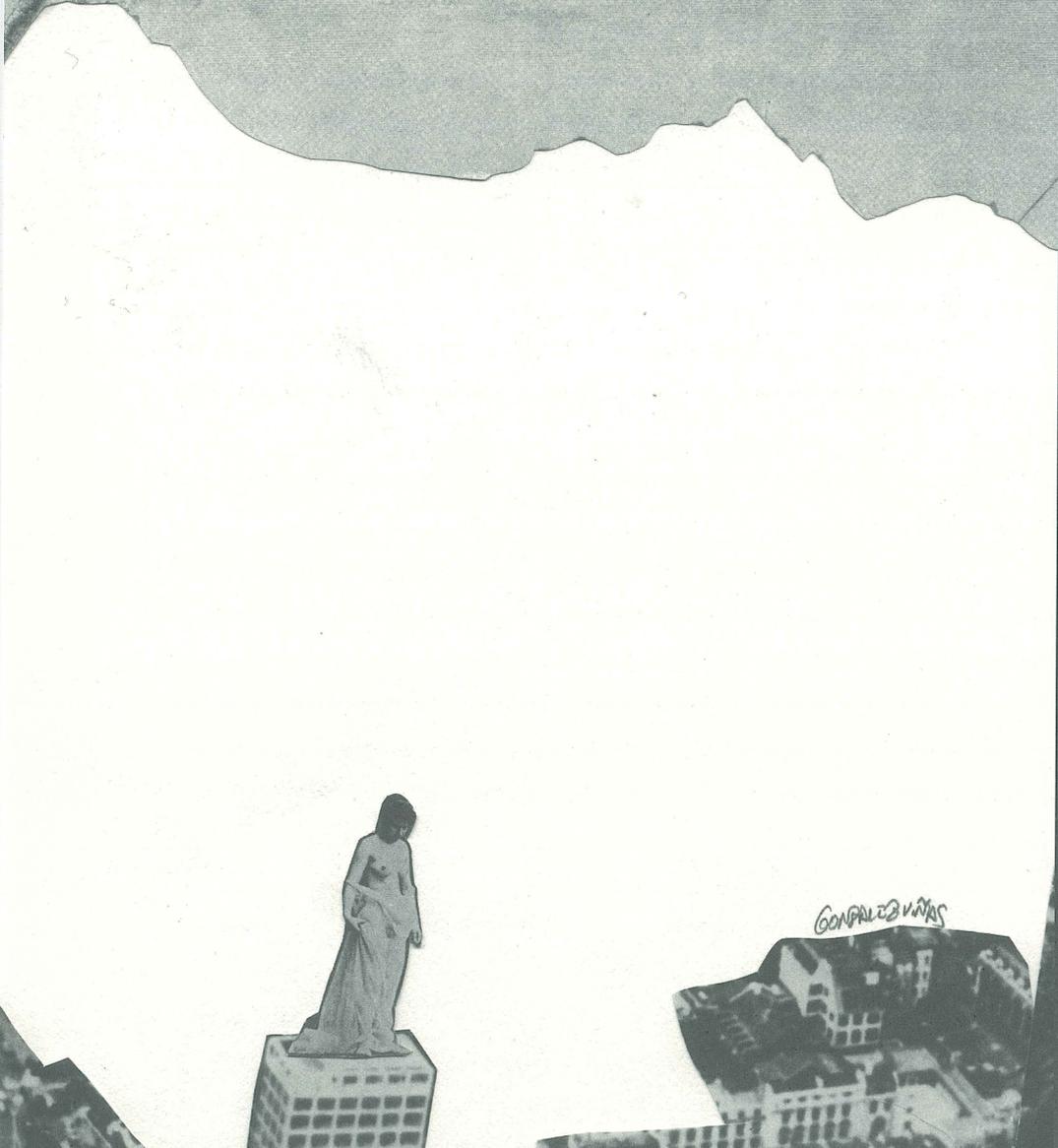
—¿Y a ti qué, Carchelejo? Me pregunto cuántas civilizaciones más tienen que aniquilarse para que dejen algo aquí que te llame la atención, ¿acaso no hay nada de lo que ves que te emocione?

—Bueno, la verdad es que la Afrodita esa de la entrada no está nada mal, vaya trasero. —Y tras decir esto suelta una risotada irritante que deja al descubierto una caries, renegrada y profunda como el agujero negro que probablemente haya engullido el último juicio brillante de Carchelejo—.

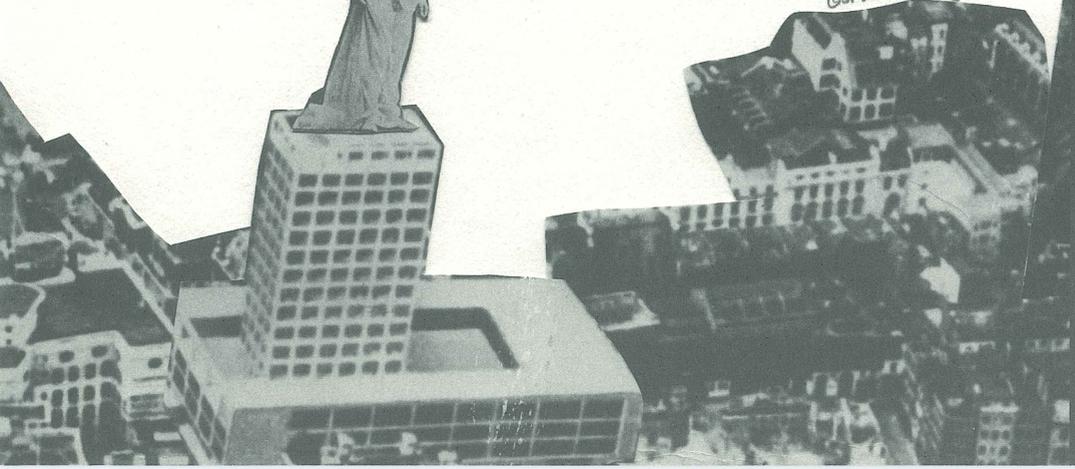
—Por favor, lee, Carchelejo, lee de vez en cuando.

—No creas Arbuniel, que una vez casi me termino *elcódigodavinchi...* pero es que no tengo apenas tiempo, ¿qué te voy a decir que no sepas?

Arbuniel, que en realidad no sabe nada, tampoco dice nada, hace un leve gesto con la mano para despedirse y se aleja en busca de una taberna donde despachar la tarde con unos medios y alguna novela. Mientras, la vida sigue pasando por algún lugar ajeno a él, como si se tratara de un tren de mercancías donde alguien se hubiera empeñado en amontonarlo todo por igual.



GONZALEZ WAS



EL SACRIFICIO DE MITHRAS

Alberto de Frutos Dávalos

Juan Carlos preparaba su tesis doctoral sobre los cultos orientales en tiempos de Adriano, pero las trabas que le ponían las autoridades hacían que se planteara el calibre de sus esfuerzos. Para reproducir una foto, tenía que rellenar decenas de formularios que se amontonaban en la oficina de cualquier funcionario “matamoscas con el rabo”; y, cada vez que visitaba un yacimiento sin el sagrado sello de un responsable de patrimonio, debía vaciar los bolsillos en la garita de unos bandoleros. Que se defendiera el arte le parecía de perlas, pero que se archivara como un legajo inútil le resultaba tan ofensivo como si las nubes se arrogaran cada mañana el disfrute excluido de una puesta de sol. El pobre iluso era de la opinión de que la belleza podía compartirse...

Harto del “vuelva usted mañana”, el muchacho se saltó el procedimiento —y con él una verja de dos metros—, para ver la Villa Romana de Fuente Las Piedras o, como se la conocía comúnmente, la Villa del Mitreo, en Cabra. Allí el grupo escultórico de Mitras Tauroctono, el dios Sol, se había librado una vez de las cadenas de las nubes, mostrando al mundo la belleza del dios persa que, tocado con un gorro frigio, sacrificaba a un toro cuya sangre alimentaba a un perro, fiel compañero de Mitras.

Alguien lo había descubierto en una fuente de la villa, una “fons perennis” que reproducía

una cueva mitraica, justo en el lugar en que Juan Carlos tomaba en ese momento las fotografías. Para el común de los mortales, nada significaba aquel recinto sagrado, que antaño había reunido a los adoradores de Mitra, quienes, tal vez, realizaran sacrificios humanos en torno al dios. Todavía, sí, se oían los cánticos salvajes y la sangre parecía fluir por las hendiduras de esa superficie habitada por huellas seculares y aún calientes.

Juan Carlos se sentía como el profanador de un templo. La luna guiñaba de vez en cuando su ojo gigante, tapado por una nube. Cuando dio por concluida su labor, el joven guardó el equipo fotográfico en la bolsa y volvió sobre sus pasos hacia la cancela de salida. No llegó a ella.

A la mañana siguiente, la Policía localizó los restos del muchacho al pie de la verja, junto a su cámara de fotos, intacta. Tenía desgarros por todo el cuerpo, pero los agentes, para no alertar a los vecinos, dijeron que lo habían matado a tiros unos expoliadores que hacía días merodeaban por la zona. ¿Habría sido más tranquilizador exponerse a la verdad? Porque la verdad era que un perro enloquecido lo había devorado, y que Mitra estaba implicado en el bárbaro sacrificio.

Nadie excepto yo lo sabía. Cuando Juan Carlos me eligió como a su director de tesis, sentí que sobre mis hombros recaía un honor singular. Era el alumno más despierto, hermoso y con

mejor expediente. Durante nuestras charlas en el despacho, asumí que solo él podría denominarse algún día “mi discípulo”. Mis hijos heredarían una casa y un par de coches, pero a Juan Carlos, mi discípulo, le tocaría lo mejor de mí mismo: mis conocimientos, el tiempo detenido en la biblioteca y esas mágicas iluminaciones del intelecto.

Fui al Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba, donde estaba depositado el grupo de Mitra y, tal como esperaba, eché en falta el perro. Seguramente, no había regresado de su carnicería. La sangre del toro se derramaba sobre la viscosa piel de la serpiente y llegaba al alacrán, y era como si también a mí me salpicara... Pero no: no era sangre del toro, sino de Juan Carlos, a quien vi aquella noche tratando de saltar la verja, perseguido por los ladridos de un perro salchicha. ¿Acaso me había vuelto loco? No. Era real. Todo era real. Lo vi en el espejo que es el arte y nos devuelve nuestra verdad.

Me presenté en la comisaría más cercana y confesé que había matado a Juan Carlos Cifuentes la noche del 24 de junio de 2007. Me costó convivir con su talento, pero nunca pude soportar que se enamorara de un chico de su edad.

FINALISTA

ESTACIÓN DE PASO

Patricia Lucas Alonso

El invierno la miró desde el suelo con la cara burlona de los últimos años, para ella era parte del pasado y él con su expresión cuadrículada parecía confirmarlo. Había gastado muchas suelas paseando por aquella sala, sacando lustre con sus pies a las caras de las cuatro estaciones que la miraban desde abajo, prácticamente toda su vida.

Encargó el mosaico antes de tener ganas de poseerlo. Sabía que todos le dirían que era soberbio, alabarían su gusto y por aquella época era incapaz de resistirse a la adulación ajena. Cada vez que pisaba la sala echaba un ojo furtivo a la imagen del invierno, lo miraba complacida, disfrutando de una ilusoria sensación de posesión, si él existía en aquel suelo era gracias a su encargo, de alguna manera ella le había dado vida al decorar su sala con la imagen de las estaciones. Claudia empezó a notar los guiños de las teselas, un resplandor vidriado que parecía responder cuando cruzaba sus miradas con la piedra, y poco a poco empezó una relación furtiva con el suelo de su casa, un idilio visual con el joven de la imagen del invierno.

Nadie notó nada aunque pasara encerrada en aquel cuarto días y horas. Era su sala preferida, en la que más le gustaba estar a solas, nunca hubo para su marido ningún indicio de sospecha. Las primeras veces no se atrevía a pisar el cuadrante de suelo del invierno, caminaba

alrededor mirándolo complacida y él, seductor, parecía invitarla a pasar a la vez que señalaba los límites de sus dominios planos. Pasaron meses en los que sólo hubo un deambular perimetral y algún cruce de miradas, hasta que él, haciendo reflejar en sus piedras un rayo de sol, le señaló las sandalias. Claudia se desató el primer nudo mirando con cara de pregunta a su amado cuadrículado, él la invitó a seguir y ella se desprendió de sus suelas para sentir por primera vez el frío de la piel de piedra. Al principio pisaba tímidamente, sólo de puntillas, pero cada vez necesitaba más superficie de contacto. A los pies unió las manos, y a las manos su cara, y después los labios, y al final su lengua, y a los pocos meses acabó tendida como un perro lamiendo aquella imagen pixelada.

Se encerraba con alguna tela o unos rollos de papel, fingiendo tareas que realizar en silencio, bloqueaba los accesos y en la penumbra de la sala se entregaba a su particular orgía lítica con el invierno. El frío hipnótico de la figura le hacía arder en deseos de tocarla, especialmente en verano cuando el frescor de la piedra era un regalo para su cuerpo acalorado. Las otras estaciones, atrapadas en sus parcelas de suelo, contemplaban el idilio y fingían indiferencia. Claudia sintió en su espalda los ojos de la primavera, pero le excitó aún más pensar que eran celos envidiosos lo que la mirada de la estación vecina le clavaba entre las costillas.

Cuando la sala estaba abierta a toda la familia, Claudia guardaba una perfecta compostura, fingían no conocerse más allá de lo normal entre un mosaico y su dueña. El marido de Claudia y sus esclavos pasaban por allí sin notar nada, en público las cosas sucedían sobre aquel suelo con inocencia y normalidad, la vida cotidiana era ajena a su pasión fría, seguía su

curso, pasaban los años, y Claudia tuvo su primera hija que echó a andar entre las espigas del cuadrante del verano.

Cada vez eran más los ratos que pasaba sentada junto a la imagen sin tocarla, con el paso del tiempo la pasión se fue templando y las tardes a solas, antes excitantes por frías, eran ahora cálidas y agradables. Ya no importaba tanto que hubiera más gente en la sala, y empezó a reunir en aquel cuarto a su familia, amigos y consejeros. Las miradas que cruzaban a escondidas eran más de complicidad que de deseo, pero Claudia encontraba perfecta aquella situación para su ánimo ahora templado. El joven de piedra también parecía adaptado a aquel cambio paulatino y seguía el juego a su tibia amante, aunque su piel de telas estuviera tan fría como siempre.

En la sala del mosaico y rodeada de gente Claudia empezó a tener una sensación de plenitud otoñal, complacida miraba a todos, familia y suelo, y la tranquilidad invadía su ánimo. Fue la propia calma la que la cegó al nuevo resplandor del invierno, y por eso no supo lo que estaba pasando hasta que vio a su hija escurrir un pie descalzo por debajo de la túnica y acariciar con él a su antiguo amante. Cruzó sus ojos con los de la joven y leyó la excitación que producía en ella pensar que su propia madre la contemplaba envidiosa. Claudia miraba a la nueva pareja con los mismos ojos que la habían mirado a ella desde el suelo, y supo entonces que no eran celos, sino recuerdos, lo que la primavera tenía cuando la veía acariciarse con el invierno. Es el peligro que entraña amar a un eterno joven de piedra. Se sentó tranquila a observar el juego frío de su hija con su amante, y mirándolos se quedó helada, no de envidia ni de invierno, sino de primavera.

LA CARTA DE PLATA

Manuel Trillo Nogales

(Copia exacta de las cartas encontradas en las excavaciones de Albendín, Córdoba, en enero de 2038. Expuestos los originales en el Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba)

“Por mucho que os sorprenda, amigos míos, soy el Dr. Juan de Basteig y la Villaleda, nacido en Parla, Madrid, en marzo del año 2007, d. C. Dedicué la primera mitad de mi vida a estudiar historia y a dirigir el Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba y sus excavaciones. La segunda mitad la he dedicado a incrementar mis bienes, tras partir de cero, con los que he conseguido trocar algo de plata, pues el oro me ha sido inaccesible. La he fundido y laminado hasta conseguir estas dos únicas hojuelas dinacuatroides, en las que os grabo mi resumido mensaje desde el S. IV a. C. aproximadamente. Baso mi estimación de fecha en mis descubrimientos que paso a detallar más adelante, pues aquí y ahora el tiempo lo miden por cosechas y lo cuentan desde el establecimiento de cada aldea, no habiendo encontrado ninguna con más de 350.

Cuando los alemanes consiguieron retroceder en el tiempo, mandaron a sus historiadores a la época clave de nuestra historia. Querían conocer la verdad sobre Jesús. Pero ninguno de sus enviados les dejó mensajes en los lugares acordados. Desistieron de sacrificar sus propios

y valorados historiadores y abrieron sus fronteras. Se basaron en mi elección tras leer mi tesis doctoral sobre las conspiraciones políticas de la época y yo dejé la gestión de mis excavaciones en Albendín para arriesgarme en tan fantástico viaje, aún sabiendo que éste podía durar algunas horas de insufrible dolor y el de vuelta duraría con toda seguridad 2037 años, a ritmo de lento e inexorable reloj.

La esfera de plasma ferromagnético aterrizó violentamente, creando un surco de casi un kilómetro antes de disiparse y dejarme caer desnudo en una zanja ardiente de la que logré salir con no pocas quemaduras. Me encontré con una Judea que se me antojó más verde de lo que esperaba, aunque deambulé durante meses hasta toparme y reconocer el inconfundible corte del pico del Veleta, lo que me situaba a miles de kilómetros de distancia de mi objetivo. Al menos, me alegré de mi tremenda suerte, pues el error me había traído a casa. Entendí entonces que la falta de puntería de la máquina habría descolocado igualmente a mis predecesores, que quizás corrieron menos suerte y se ahogaron en el mar. No sabía aún que el error también afectaba tanto al tiempo, aunque empecé a intuirlo al no encontrar a nadie que hablase latín.

Mi primera intención fue ir a conocer la próspera y trimilenaria Cádiz, pero diversos conflictos bélicos locales me desviaron hacia el norte, dirección al inexistente Jaén, para luego girar al oeste, hasta que por fin encontré otra referencia de lugar: los inconfundibles meandros del río Guadajoz, que me llevaron exactamente al lugar donde realizaba mis excavaciones. Y en ellas enterraré estas láminas de plata grabadas, que pienso proteger del tiempo en una vasija cerámica con aceite de bellotas, pues aún no han llegado los olivos, tapada con corcho y sellada con cera. Por suerte, la aldea que estaba excavando, que estáis excavando en ese preciso instante vuestro, ya está abandonada y puedo enterrar la vasija justo donde dejé el corte, pues supongo que ha de descubrirse después de mi partida.

Son muchas las cosas que quiero contaros y no puedo por falta de espacio en estas dos hojas, pero me centraré en un asombroso descubrimiento. Tras años de esfuerzo por entender la lengua local, quise conocer a cuantos artesanos pudiese, por ver si localizaba alguna de las

piezas que mostramos en el Museo. Pasó el tiempo sin fruto, pero un día visité a Sorej, un cantero afamado por la hábil talla de piedras para la construcción de los zócalos de las casas de adobe. Al fondo de su taller, una burda arpillera cubría una figura que me resultó arrebataudamente familiar. Tiré del tejido sin su permiso para descubrir el león que milenios más tarde se descubriría en la construcción de la carretera de Nueva Carteya a Montilla, a unos 30 km. de donde me encontraba. Provoqué su ira, que aplaqué con los merecidos elogios a tan entrañable obra de arte, hasta convertirla en una profunda amistad. Según él, la figura estaba basada en una pequeña joya que había visto de pequeño a unos mercaderes extranjeros, intuyo que fenicios. Mi mayor sorpresa, y es lo que quiero transmitir para sacaros de nuestro error, es que no estaba destinada a guardar la tumba de de ningún poderoso personaje, si no que era un regalo para la mujer a la que amaba y con la que pretendía casarse. Un simple regalo personal realizado en sus ratos libres. Una muestra de amor hacia la hija de unos humildes campesinos. Decoró la casa de los padres de ella hasta que la trasladaron a la propia cuando se casaron. Y de ella no salió hasta que Drejna murió anciana, con cerca de cincuenta inviernos tan duros como aquél que se la llevó por delante. Él depositó el león sobre su tumba, no para protegerla, sino para recordarla durante sus visitas diarias; igual que las fotografías en los cementerios. Sorej se agostó y se secó ese mismo verano y sus hijos le enterraron junto a ella, bajo el mismo león. Años más tarde, la pieza fue robada y debió de correr su propio viaje, quizás ya con la costumbre de posar sobre lápidas, hasta que llegase a donde fue encontrada.

Se me acaba el espacio y no sé si podré conseguir más plata o más tiempo. Tengo sólo 65 años, pero soy el más anciano de toda la zona e intuyo que voy a dejar de serlo en breve. Por si no vuelvo a escribiros, un abrazo, compañeros, desde donde mismo volveré a estar en el futuro. Para vosotros habrán pasado unos días; para mí, media vida; y para estas cartas de plata, dos milenios y medio.

Con añoranza del futuro, Dr. Juan de Basteig y la Villaleda”

FINALISTA

SIN TÍTULO

Cristina Garduño Rodríguez

Al cerrar el baúl, supe que todo había terminado.

Aún recuerdo la voz de Don Carmelo, siempre tan protocolario y tan ceremonioso:

¡Purita! Usted que es la compañera más joven, será la encargada de guardarla. ¡Hágalo bien que dentro de poco la volvemos a poner!

Sí, claro... Han pasado cuarenta años desde entonces y el pobre de Don Carmelo no acertó en su pronóstico. Su bandera republicana, la de nuestro flamante y querido Colegio de Instrucción Primaria Victoria Kent, no ondea en ningún asta.

Ahora visito un museo arqueológico y me viene a la memoria aquel suceso. (¿Es un museo o una oficina de objetos perdidos? ¿Perdidos o de perdedores?). Veo la mutilada lápida hebrea, y veo el capitel de los músicos con sus cuerpos decapitados por el omnipresente guardian de la fe... todo es lo mismo siempre. Y arrastro mi andar cansado hacia un patio y sin saberlo, mis ojos han localizado una placa, que yace también cansada, apoyada en la pared, medio escondida, sin ficha, sin urna que la proteja, sin título.

Leo: Plaza de la República.

Y pienso complacida: Don Carmelo..., no fuimos los únicos.

FINALISTA

SUCEDE QUE A VECES

José Luis Pineda Requena

Sucede que a veces me canso de ser hombre

Pablo Neruda

Sucede que un día abres las puertas del museo como cada martes pero ya no es un martes cualquiera, es un martes distinto, donde todo sigue en el mismo lugar, con las mismas formas, pero ya nada es igual. Sucede que la arqueología retumba vacía en el fondo del alma y que el saludo a cada pieza, cada reliquia, cada piedra milenaria ha perdido todo lustre. Y es un martes gris aunque haga sol y mayo esté a la vuelta de la esquina, aunque Joaquín, tan servicial como siempre, haya abierto todas las ventanas antes de nuestra llegada para inundarnos de luz, con esa antipatía cotidiana en su gesto que nos ha acompañado siempre sin que llegemos siquiera a pensar en que tal vez lo dejó su mujer o tal vez su hija se fue de casa sin dar una explicación, o lo que sería peor, sin darle un beso de despedida o tal vez nunca haya tenido ni hija ni mujer y por eso se le amargó tanto el semblante. Sucede que los últimos años de tu vida, vividos en la recomposición de todos los mosaicos romanos que ahora adornan las paredes del museo, en la recomposición de uno mismo, mirando siempre al pasado como si fuese lo único que de verdad nos quede, empiezan a comprimirse en ahogados y asfixiantes recuerdos en un martes cualquiera pero distinto.

Sucede que, de repente, pero no por casualidad, uno empieza a sentir la densidad de

los segundos, como si pudiera palparlos, como aquella vez que llegaste un lunes a enfrentarte a los mosaicos pensando que no volverías a verla, que tu historia de amor se acabó y entonces los segundos eran horas de una vida insufrible que te esperaba pero no, porque ella no terminó de irse y al final el amor venció, dándole la razón a los poetas. Así, uno puede descubrir la turbia densidad de los segundos, porque se hacen irrespirables y no porque uno quiera que transcurran rápido sino porque le gustaría que no pasaran nunca. Cuando uno puede aproximar los segundos de su futuro, éstos se hacen siniestramente palpables.

Sucede que, sin esperarlo, las noticias nos cambian la vida y que normalmente llegan de dos en dos, una buena y otra mala, pero sin el juego previo, sin la broma, porque la mala la digeriste tú sólo, en secreto, con ese afán de no preocupar a nadie que a veces nos asalta y así, te bañaste en las lágrimas de tu soledad en un frío pasillo de hospital, con las paredes blancas y apagadas, al leer el resultado de aquella biopsia y saber que podías contar los segundos de tu vida. Después llegar a casa y encontrarla a ella esperándote en la puerta y abrazarte suave, y acariciarte con su sonrisa mientras te dice tocándose su barriga de varios meses ya, que va a ser un niño. Se lo dijo esta mañana el ginecólogo y supo que estarías muy contento porque así podrás jugar con él al fútbol en el parque y comprarle la camiseta del Atleti, y todas esas

cosas que siempre quisiste hacer con tu hijo tal vez porque nunca las hicieron contigo. Y llorar entonces, pero llorar de pena, llorar de rabia, y no de alegría. Llorar de amargura ante la noticia buena porque la mala la invade, la eclipsa. Llorar y ocultar el llanto para no enturbiar su sonrisa y el amor de su mirada.

Sucede que ya en la cama, con su pecho en tu espalda, uno recuerda a Neruda y sucede que se siente como cansado de ser hombre pero no de aquella forma. Sentirse cansado por dejar de serlo, justo en este momento, precisamente ahora. Y al día siguiente, mientras los segundos ya descuentan, y no puedes sujetarlos, ni detenerlos, la vida sigue igual pero ya nada será lo mismo y miras el mosaico en el suelo, restos sobre la mesa, gente de aquí para allá. Todo tan lleno y tan vacío. Pensar e imaginar a ese niño que nunca llegarás a conocer y oírlo decirte papá con la camiseta del Atleti puesta. Y entonces sucede que ves cuán corto ha sido todo, y la arqueología se torna vacua, el mosaico un tétrico y oscuro juego, y ese segundo hogar que siempre fue el museo se convierte en un lugar irrespirablemente muerto. Entonces, sucede que la vida se vuelve miserable y cruel y uno cree que ya debería estar muerto para no tener que sentir el dolor de la ausencia verdadera, la ausencia propia de este mundo, para no sufrir el dolor que te abate sin remisión cuando sabes que tus segundos han empezado a descontar.



UNA HISTORIA INTEMPORAL

Ricardo Reques Rodríguez

Tantos años contemplando a través del cristal aquellos tesoros de metales preciosos, aquellos fragmentos de cerámica vidriada, me habían hecho tener un conocimiento minucioso y exhaustivo de cada uno de sus detalles, por pequeños que fueran. A pesar de ello, mis ojos cansados no dejan de asombrarse cuando, al volver a mirar algún objeto desde alguna otra perspectiva, descubren una línea, un trazo o una protuberancia en la que antes no habían reparado.

Así transcurren las horas y los días de un viejo vigilante de museo, a punto ya de jubilarse, que encuentra escasos alicientes en su trabajo rutinario. Nada más entrar en la sala sé que aquel niño va a acercarse irremediamente, como atraído por un imán, a aquella escultura hasta tocarla para explorar su textura y que tendré que llamarle la atención con el sonrojo de sus padres. O que aquella niña del vestido de flores apoyará las palmas de sus pequeñas manos sobre el cristal de la vitrina para asomarse un poco aupada sobre la punta de sus zapatos rojos y descubrir con sorpresa su contenido. Como mucho, tendré que perseguir por las salas contiguas a aquel joven de aspecto distraído que, como otras veces, intentará fotografiar con su cámara digital aquellos feluses y dinares sabiendo de antemano que eso está explícitamente prohibido. En el Museo

Arqueológico de Córdoba el tiempo transcurre despacio y sin apenas novedades que contar a mi mujer cuando regreso a casa.

Sin embargo, el pasado cinco de abril ocurrió un hecho extraordinario. Una mujer cercana a la ancianidad y en silla de ruedas era conducida por una monja mientras señalaba los objetos y explicaba a su acompañante detalles de aquello que veían. Era una mujer de rostro bellissimo, con el pelo largo, algo lacio, canoso pero sin brillo y con unos ojos verdes y luminosos, casi juveniles, si no fuera por aquel velo de tristeza antigua que los cubría. Cuando se acercaron a una de las vitrinas, se quedó inmóvil y comenzó a llorar. Su cara se reflejaba ahora en el cristal y pude ver cómo varias lágrimas recorrían pausadamente los surcos que la vida había marcado en las comisuras de su boca. Con un extraño acento, se lamentaba de que nunca la hubiesen creído.

Viendo mi perplejidad por lo que aquella mujer decía, la monja que le acompañaba me apartó para explicarme en voz baja que hace nueve años, en las afueras de la ciudad, la encontraron desvanecida, vestida con harapos, sucia e ida de la cabeza. La pobre infeliz dice ser la hermanastra de un califa y pertenecer a otra época. Según ella, cuando era niña la secuestraron, la apartaron de su familia y ha estado sin poder salir de su encierro hasta que la encontramos. El médico que la estuvo tratando les explicó que, poco antes de encontrarla, debió de sufrir un fuerte traumatismo en la cabeza y que, probablemente, era una norteafricana indocumentada con algún trastorno grave motivado por algún accidente.

Intrigado por tan fascinante historia, y sin olvidar el hecho de que aquella misteriosa mujer se emocionase ante los ornamentos califales que contemplaba, quise escuchar sus lamentos.

—Nadie me cree señor, pero soy Najla, la hija de Subh, la que fue concubina de Al-Hakam II y madre también de Hisham II. Nací al poco tiempo de morir el califa y viví una infancia feliz al lado de mi madre y de mi hermano mayor. Sin embargo, todo cambió cuando Muhammad ibn 'Abd consiguió el poder absoluto pues sus enemigos me vendieron como esclava y no he vuelto a

saber nada de las personas a las que amo. Poco antes, mi hermano, de su bella arqueta repujada y decorada con hojas en forma de corazón y rosas, sacó unos pendientes dorados y me los regaló. Me pidió que me los pusiera después de leerme, con su voz melosa y enfermiza, la dedicatoria grabada. Luego, me beso en las mejillas. Hoy, al ver de nuevo mis pendientes en esta urna de cristal, no he podido evitar el llanto.

Eso fue lo que me contó. Nada más. Me sonrió mientras retiraba las lágrimas de su gastado rostro y no me dijo nada más. Observé de nuevo aquella arracada que tan bien conocía desde que la trajeron hace sólo unos años, con su vara curva y el cierre de gancho para colgar, en cuya parte superior se alinean quince diminutas pirámides. La parte inferior, parcialmente ocupada por una plancha calada con filigranas, presenta tres pequeños arcos dorados con bases trilobuladas inconfundibles. Pensé que a aquella dama le quedarían muy bien aquellos pendientes y quise imaginármela con su rostro joven y bello y con una amplia sonrisa.

Por la noche, ya en casa, mi mujer me preguntó si ese pendiente conservaba realmente algún tipo de inscripción. Pero no, lo conocía bien, no había ningún epígrafe en aquel ornamento, lo había examinado de cerca, con mis propias manos, antes de colocarlo en la vitrina. Los arqueólogos del museo, compañeros míos, conocen mi pasión por la historia del arte y me conceden ciertos privilegios. No obstante, a la mañana siguiente, me seguía asaltando la duda y Lola me permitió examinarlo por un momento junto a otra compañera del museo que trabaja en restauración. Aunque aparentemente no había nada que delatase signo alguno, con su experiencia no tardó en descubrir con fascinación que una fina película de pátina cubría la parte interna más ancha de la base del pendiente. Mi emoción no podía contenerse.

Envié el texto a un reconocido filólogo en lengua árabe de origen cordobés que actualmente reside en Estambul, donde ejerce como profesor. Hoy mismo he recibido su respuesta por correo electrónico. En la inscripción se puede leer: “A mi amada hermana, que Alá te proteja”.



VISITA GUIADA

Miguel Antonio Ruiz Poo

A cien metros bajo tierra, como escondiéndose de futuros arqueólogos, vivía la décimosexta generación después de la gran explosión. Sólo allí, después de muchos procesos de filtrado natural y artificial, obtenían algunos litros de agua al día, que estuviesen libres de radiación. Vivían en túneles semejantes a los de las hormigas, y se organizaban en galerías ventiladas con aire también filtrado.

Eran comunidades muy cerradas y poco comunicadas entre sí, que pasaban las 24 horas del día (aunque, para ellos ya no hay día, ni noche y el tiempo se mide en metros excavados), cavando a ciegas tratando de encontrar comunidades vecinas, fuentes de alimento o cualquier otra cosa que se encuentre por el camino. Nunca salían al exterior, un mundo exterior, más tenebroso aún que las grutas bajo tierra, allí arriba la tierra estaba cubierta por un gran hongo radiactivo.

Luna era hija de una gran familia de cavadores, y a sus 35 años con la cabellera blanca y casi sin dientes, aún explicaba a los más jóvenes todos los hallazgos que su familia había descubierto y estudiado, en una de las galerías más grandes de la ciudad subterránea.

Para algunos era sólo una serie de baratijas, sin embargo para Luna y para una minoría de los habitantes, estas piedras, estos rastros eran los únicos astros que iluminaban su oscura y lúgubre existencia.

–Como pueden ver, esta botella de cuerpo rechoncho y de cuello estilizado y estrecho con estrangulaciones en la boca fue hallada en algún lugar de la antigua España, se cree que en Córdoba por documentos cercanos, y data del siglo X después de Cristo, según la antigua religión cristiana, sería el 5.500 kilómetros excavados antes de la gran explosión.

–Era llamada “Botella de músico” la decoración está en buen estado, a pesar de la antigüedad de esta pieza, seguramente fue mimada en sitios parecidos a éstos, que en la antigüedad llamaban museos. Se pueden ver aún personajes masculinos, que dirigen su mirada hacia el elemento central, no identificado. Nuestros especialistas plantean que sería una especie de figura religiosa o estatua.

–Las figuras de estos hombres barbudos están hipnotizadas, confiando a los dioses sus sueños, sus ritos, el complejo destino de su frágil equilibrio, ese equilibrio del hombre originario, ligado a la tierra, como un apéndice más, como un tubérculo andante.

–Aquí tenemos otra pieza, un ejemplo del ídolo oculado. Estos ídolos fueron las primeras representaciones divinas, sus ojos de lechuza hipnóticos, extasiaban a los hombres de la época que sentados alrededor de estas representaciones se comunicaban con los dioses.

–Con la figura fálica, se hace una especial señalización del sexo, en este mundo de lo masculino donde representantes, representados, y observadores omnipresentes, son hombres, se resalta así el dominio de lo masculino y el poder de creación de su sexo.

–Su creación es aún más antigua, me parece que es la pieza más antigua en nuestra humilde galería, fue encontrada en las excavaciones, muy cerca de la botella de los músicos por lo que seguro estaría albergada en el mismo edificio. Aunque proceden de culturas muy distintas y distanciadas por siglos, fueron encontradas juntas como si aún los músicos de la botella cantaran a esa figura divina.

–Vengan chicos por aquí, sigamos conociendo a las sociedades sobre tierra. Aquí tenemos cachivaches de sociedades más recientes. Incluso estos objetos fueron usados por nuestros antepasados directos. Aquí por ejemplo tenemos un elemento extraño, es una especie de pantalla ultra sensorial, los materiales son muy avanzados, tecnología que no está a nuestro alcance, se cree que el manejo de estas tecnologías avanzadas fue una de las causas de la gran explosión y el declive, literalmente hablando, de nuestras civilizaciones.

–Si se fijan es como una especie de pantalla, una pantalla plana. Cuentan las leyendas e informes de los especialistas nos dicen que los hombres se reunían en torno a ella para, de alguna forma que aún no sabemos, comunicarse directamente con sus dioses. Parece también una especie de ídolo oculado, aunque de distinta talla. Si se fijan con mucho detenimiento en el objeto, quizás por el efecto de la radiación y el polvo, allí al final de esta perspectiva pueden verse varios humanos observando directamente a la pantalla.

–Las figuras de estos hombres están hipnotizadas, confiando a los dioses sus sueños, sus ritos, el complejo destino de su frágil equilibrio...

ESTE LIBRO SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
EN MAYO DE 2008

